

# LOS CABALLEROS DE SAN JUAN Y LAS DISTINTAS ETAPAS DE SU ACTUACIÓN NAVAL EN LA EDAD MEDIA

Jaime SALAZAR Y ACHA  
Asesor histórico de la Asamblea Española  
de la SOM de Malta

Quiero comenzar mis palabras, como es obligado, con mi agradecimiento a los organizadores de estas Jornadas —especialmente al almirante Rodríguez y González-Aller, director del Instituto de Historia y Cultura Naval, y al conde de Orgaz, presidente de la Asamblea Española de la Orden de Malta, aquí presentes— por haberme invitado a participar en ellas. No es la primera vez que lo hago, pues ya he intervenido en este foro en anterior ocasión; pero quiero también manifestar que esta invitación no se debe en realidad a mis méritos, sino a la casualidad de que en el momento actual —y desde hace ya varios años— soy el asesor histórico de la Asamblea Española de la Orden de Malta. Esto es, sin duda, lo que ha movido a los organizadores y especialmente a don Hugo O'Donnell, duque de Tetuán —además de nuestra estrecha amistad de tantos años—, a encomendarme esta honrosísima función.

En los próximos minutos, voy a exponerles algunas reflexiones sobre la historia naval de la Orden Militar de San Juan durante la Edad Media, y a resaltar algunos aspectos concretos, que son los que le otorgan su originalidad dentro del mundo de las órdenes militares de la cristiandad.

La primera reflexión que quiero plantearles es la de que, pese a la idea que todos podamos sustentar de que la Orden de Malta es una corporación cuya actividad en la historia ha estado vinculada permanentemente con el mar y con la guerra naval, tiene por fuerza que ser matizada, porque nada hay en su origen, constitución y objetivos que pueda apoyar esta afirmación. La evidente relación de la Orden con el mar va a ser una consecuencia de los avatares políticos mucho más que de su originaria vocación.

De todos es sabido que la Orden, entonces más conocida como *El Hospital de Jerusalén*, nace en Tierra Santa a fines del siglo XI. En efecto, hacia el año 1080 un grupo de mercaderes de la República de Amalfi, que por entonces monopolizaba el comercio con Egipto y Siria, consigue licencia de los califas fatimíes de Egipto para crear en Jerusalén, en la zona de Muristán, una iglesia dedicada a Santa María y un hospital dedicado a San Juan Bautista, sobre las ruinas del anterior fundado por Carlomagno; hospital que dirigía un tal Gerardo. Con este motivo, algunos amalfitanos tomaron el hábito de la regla benedictina y adoptaron como emblema una cruz blanca de ocho ángulos, en

recuerdo quizá de Amalfi. Allí los encontraron Godofredo de Bouillón y las huestes de la Primera Cruzada al conquistar Jerusalén en 1099.

El 15 de febrero de 1113 el santo padre Pascual II, desde Benevento, dirigió al hermano Gerardo la bula *Pie postulatio voluntatis* que concedía diversos privilegios a aquella «verdadera Casa de Dios» —como la llama— que tomaba bajo su protección. Esta bula se considera la carta fundacional de la Orden, y en ella se mencionan los bienes que los hermanos poseían en diversos lugares, como Asti, Bari, Tarento y Messina; así como en la misma ciudad de Jerusalén, lo que nos pone en evidencia que la congregación ya estaba extendida por el occidente cristiano. Pocos años después, en 1118, moría el beato Gerardo y era elegido su sucesor Raimundo du Puy, quien, llamándose «maestre y siervo de los pobres de Cristo y guardián del hospital de San Juan de Jerusalén», estableció la primera regla de la Orden que fue aprobada por el papa Calixto II, en 1120, y que se inspiraba en San Agustín y abandonaba la obediencia benedictina. Según la regla, todos los frailes debían pronunciar los tres votos de castidad, pobreza y obediencia y el especial de «ser siervo y esclavo de nuestros señores los enfermos».

Pero, ya en este origen peculiar está la principal diferencia que esta Orden de San Juan de Jerusalén nos ofrece respecto a todas las demás órdenes militares de la cristiandad. En efecto, la Orden de San Juan nace como una institución religiosa dedicada meramente a las actividades hospitalarias y, sólo después, cuando hubo que hacer frente a las necesidades defensivas del reino cruzado de Jerusalén, fue adquiriendo, a imitación de la del Temple, una actividad verdaderamente militar. Es entonces cuando va a aparecer el llamado «cuarto voto», el ejercicio de las armas para la defensa de las casas de la Orden, de los cristianos y de los peregrinos, que vino a determinar el carácter militar junto al religioso, tras la donación, por el rey Fulco de Jerusalén, en 1137, de la estratégica fortaleza de Beit Jibelin en la ruta de Ascalón a Hebrón. Poco más tarde, en 1153, veremos por ello a los hospitalarios participar en el asedio de Ascalón, hasta su definitiva conquista.

Curiosamente, las actividades militares no se van a mencionar en los estatutos hasta 1182, muy brevemente, y hasta el capítulo general de 1206, aunque anteriormente haya distintos testimonios de que la Orden sostenía y pagaba a personas ajenas, instruidas en el arte de la guerra, es decir, a mercenarios. Curiosamente, esta actividad defensiva era considerada como una parte más de las obligaciones caritativas de los caballeros, lo que llamaban el «combate al servicio de los pobres», aunque el papa Alejandro III, en 1178, recordará que los caballeros no deberán alzar espada «salvo cuando el estandarte de la cruz sea alzado para la defensa del Reino o para el asedio de alguna plaza pagana».

Hay que resaltar, como una de las cosas que más sorprenden al hombre de nuestro tiempo, la rapidez de la expansión de la Orden por el occidente cristiano. En efecto, muy pocos años después de su fundación, los años 1102 y 1103, podemos detectar ya la presencia en la península ibérica de freires sanjuanistas recolectando limosnas para ayudar al Hospital de Jerusalén, y ya en 1113,

tenemos documentada la primera donación a la Orden, realizada por la reina doña Urraca, de la aldea de Paradinas, entre Salamanca y Arévalo. Efectivamente, en julio de este año, la reina doña Urraca, acompañada de su hijo Alfonso Raimúndez, el futuro Alfonso VII, todavía un niño de ocho años, otorgaba al Santo Hospital de Jerusalén y a sus hermanos esta pequeña aldea, a la que aplicaba el fuero de la cercana ciudad de Salamanca. Confirmaban la donación, además de los obispos de Toledo, Salamanca, León y Palencia, los magnates más poderosos del momento: el conde don Pedro González de Lara, que por entonces gozaba de todos los favores de la soberana; el hermano de éste, el conde don Rodrigo; el conde gallego Pedro Froilaz de Traba, ayo de su hijo, y otros muchos personajes de diversa importancia. Esta donación volvería a ser confirmada por la reina en noviembre de 1115; pero con una mayor exactitud en la descripción del beneficiario, pues dice textualmente: «a la Santa Casa del Hospital de San Juan Bautista que está construida en la Santa Ciudad de Jerusalén para la obra de los pobres».

En España, al principio, la actividad de los freires se limitaba a esta captación de limosnas; pero, ya en la segunda mitad del siglo XII se ven ciertos atisbos de militarización de la Orden, que van a consagrar su pleno carácter caballeresco. En 1162, Alfonso VIII le otorga en la Mancha una serie de enclaves: Criptana, Villajos, Quero y Tirez. En 1183, el mismo monarca confiaba a la Orden el casti- llo y villa de Consuegra que pasaría a ser la nueva sede del prior castellano.

Lo que sí conviene resaltar es que, esta presencia sanjuanista en León y Castilla va a producirse con anterioridad al de las otras órdenes militares castellanas: Santiago, Calatrava y Alcántara.

Pero, el 4 de julio de 1187 se produce en Tierra Santa la terrible derrota de los Cuernos de Hattin, que fue el trágico preludio de la caída del reino cruzado de Jerusalén. En ella, el sultán Saladino toma prisionero al rey de Jerusalén, Guido de Lusignan, y a los principales barones de Tierra Santa, dando tras el combate la orden expresa de la ejecución de todos los caballeros de las órdenes del Hospital y del Temple que habían caído prisioneros. Ciertamente, unos meses antes, el primero de mayo, ya se había producido otro desastre para la Orden de San Juan en el combate de Cresson, en el que había muerto de una lanzada en el pecho el maestre Roger des Moulins, y una cincuentena de sus caballeros. El nuevo maestre de la Orden, Guarnier de Nablus, recién elegido, pudo huir a caballo de la batalla con un puñado de los suyos, refugiándose en la ciudad de Ascalón. Estas terribles derrotas supusieron para la Orden un auténtico descalabro.

Ciertamente que la Orden, pese a la caída de Jerusalén, tres meses después, se mantuvo algunos años en Palestina gracias a su extraordinaria red de castillos y fortalezas: Margat, el Crac, etc., y luego, tras la conquista de Acre por Ricardo Corazón de León, en 1191, se estableció en esta ciudad, donde residió el maestre sanjuanista hasta la caída de este último bastión del reino latino en 1291. La Orden, durante este período, construyó allí un importante hospital y una magnífica iglesia dedicada a San Juan Bautista que fue la causa del nuevo nombre de la ciudad: San Juan de Acre.

Pero este asentamiento de la Orden en Acre, la antigua Ptolomaida, que era el puerto más importante de Tierra Santa, supuso además para la Orden del Hospital la causa originaria de su futura reconversión, pues con ello se sentaron las bases de su ulterior actividad naval militar, cuya primera operación fue en 1219, el cerco de la plaza de Damietta, en Egipto, por una escuadra cristiana enviada por las ciudades de Génova y Pisa, y en la que participaron activamente los caballeros hospitalarios. Naturalmente, la participación de los caballeros de la Orden en esta expedición naval no supone, de ningún modo, su implicación en actividades marítimes; pero, ciertamente, no es disparatado pensar que este primer contacto con la marina pudo muy bien abrir los ojos a los caballeros sobre las enormes posibilidades y ventajas de esta otra forma de actuación en materia militar.

La Orden, sin poseer naves propias, se venía ocupando durante todo este siglo, eficazmente, del transporte de peregrinos y enseres a Tierra Santa, para lo que existía un caballero responsable que ostentaba el título de «comendator navium». Se realizaban al año dos expediciones, en primavera y otoño, y se hacían en naves arrendadas que solían partir de Marsella, Valencia o Messina. Por ello, sabemos que el emperador alemán Federico Barbarroja, en 1158, había eximido a la Orden de todos los impuestos de puertos y puentes en el imperio. Sabemos igualmente que en 1165 una nave tripulada por caballeros de San Juan se había ocupado de trasladar al papa Alejandro III y a varios cardenales desde Montpellier hasta Messina, sorteando las galeras de Pisa, al servicio del emperador, entonces en guerra contra el Pontífice. Otro documento de 1233 nos refiere el acuerdo de la Orden en aquel año, con el concejo de Marsella, para regular el transporte de viajeros. Y sabemos que en 1246, la Orden contrató en Marsella el arriendo de 20 naves con objeto de trasladar a San Luis, rey de Francia, y a sus caballeros a oriente. Su nave más grande, llamada *la condesa*, podía transportar cómodamente a 1.500 personas. Dos años después, con esta misma flota, la Orden participaría en la cruzada de San Luis contra Egipto.

Sin embargo, tampoco duró mucho más tiempo la presencia de los caballeros en Tierra Santa. En 1271 caía en poder de los musulmanes el «crac de los caballeros», la fortaleza más emblemática de los hospitalarios en Tierra Santa, y unos años después, en 1285, el castillo de Margat. Por fin, el 18 de mayo de 1291, el sultán de Egipto conquistaba la ciudad de San Juan de Acre, siendo el maestre Jean de Villiers, uno de los últimos en abandonarla. Los escasos caballeros supervivientes se embarcaron con él en el gran puerto, dirigiendo sus velas a la isla de Chipre, regida por entonces por los reyes cristianos de la casa de Lusignan.

La Orden se encontraba en ese momento en la más absoluta decadencia, la mayor parte de sus caballeros muertos y todas sus posesiones en Tierra Santa perdidas, aunque se mantenían incólumes sus rentas y posesiones en el occidente cristiano. Lo primero que hizo el maestre Jean de Villiers, calificado acertadamente por muchos como el segundo fundador de la Orden, fue convocar a los caballeros supervivientes a capítulo general en Limassol, que se

reunió en septiembre de 1292. Los caballeros se asientan en Limassol, y Nicosia y en la fortaleza de Colos. Por entonces, toda Europa critica a las ordenes militares y discute su futuro papel en la cristiandad, e incluso se proyecta la fusión de todas ellas en una sola. La de los hospitalarios de San Juan continúa su proceso de reflexión, con insistencia en la pobreza, el espíritu monacal, la vida conventual, la disciplina etc., así como en la necesidad de desarrollar una fuerza naval y de mantenerse, en todo caso, en la proximidad de Tierra Santa.

No sabemos con certeza cuándo se va a asumir por parte de la Orden esta actividad militar en el mar, pero sí nos consta que en el capítulo general convocado por el maestro fray Guillaume de Villaret, celebrado en Limasol, el 5 de noviembre de 1300, se dispone «que sea creado y legislado el cargo de almirante con autoridad sobre las galeras y las gentes de armas, con una asignación personal de cien besantes». Igualmente los capítulos generales celebrados en Montpellier, el 24 de octubre de 1330, donde se cita como almirante al italiano Emanuele del Carreto, son verdaderamente explícitos a estos efectos. El estatuto tercero, según el resumen que publica Funes en su historia de la Orden, dice así: «Que el Almirante de la Religión, el qual es cabeza de la lengua de Italia, tenga autoridad sobre todas las galeras y bajeles armados y pueda retener los forzados y galeotes con la gente de guerra y les haga la paga en el Tesoro y, así, en mar como en tierra, le tengan por superior los soldados marítimos. Si en el armamento no estuviese presente el Mariscal, en tal caso, ordenó que le obedeciesen así los soldados como el Almirante».

Lo mismo contemplamos en los de 2 de marzo de 1352, donde podemos leer en su estatuto tercero: «Que, armando la Religión galeras o bajeles, el almirante mande a los hombres de remo y marineros que vayan en las galeras y bajeles y, a los que él señalare, tiren los sueldos del Tesoro, para que se paguen las buenas boyas y marineros».

Vemos por tanto que, pese a la parquedad de los datos, éstos nos ofrecen la clara evidencia de que la Orden, durante esos años, ya contaba con una fuerza naval lo suficientemente importante como para tener un almirante, que en 1300 lo era fray Foulques de Villaret, que cuatro años después sería elegido nuevo maestro de la Orden. Sabemos también que en 1306 ostentaba el almirantazgo don Sancho de Aragón, hijo bastardo del rey Pedro III, habido en doña Inés Zapata, y que luego llegaría a ser castellán de Amposta, es decir, la máxima dignidad de la Orden en la Corona de Aragón. Pero éste sería el último personaje no italiano que desempeñó este cometido, pues por el reparto de los altos cargos entre las distintas lenguas de la Orden, a partir de entonces siempre correspondería el de almirante, como ya hemos dicho, a la lengua de Italia. No obstante, en el capítulo general que se hizo en tiempos del maestro Zacosta, en 1467, se acordó que «si en la lengua de Italia a quien toca el oficio de Almirante no hubiese alguno suficiente para su administración, se elija sin perjuicio a otro de cualquiera lengua».

El almirante formaba parte del Sacro Consejo, su bandera ondeaba en las galeras junto a la de la religión y era quien daba posesión del mando de cada nave a sus capitanes o patrones; pero sus funciones, sin embargo, debían de

tener un carácter más bien administrativo u organizativo pues no se explicaría si no, en caso contrario, la existencia por los mismos años del cargo de capitán general de galeras, que desempeñaba el mando supremo efectivo de cada flota. Para este cargo se nombraba en cada ocasión o empresa concreta a un caballero, cuyo mando cesaba al terminar la operación para la que había sido designado. Veremos a varios españoles, a lo largo del siglo XIV, con esta alta responsabilidad: fray Arnaldo Pérez Tortes, en 1347; fray Raimundo Berenguer, en 1357, y fray Juan Fernández de Heredia, en 1376. No obstante, aunque ostentara esta supremacía el capitán general cuando se embarcaba el maestre en la flota, él era quien desempeñaba el mando supremo y, en todo momento, además, percibía un tercio de todas las presas capturadas al enemigo.

Poco tiempo después de su elevación al maestrazgo, el mencionado fray Foulques de Villaret «de sutilísimo ingenio y gran corazón», va a dar un paso más en este definitivo maridaje de la Orden con el mar. En efecto, durante estos tiempos, ya que nunca habían sido buenas las relaciones del hospital con los reyes chipriotas de la Casa de Lusignan, la Orden se plantea abandonar Chipre e instalarse en otro territorio donde pueda desarrollar con total libertad la consecución de sus objetivos hospitalarios y militares. Este territorio elegido va a ser la isla de Rodas, clave estratégica en el Egeo y refugio de corsarios y piratas, nominalmente sometida al emperador bizantino Andrónico II. Con ayuda del papa Clemente V, de la república de Génova y del rey de Nápoles, Carlos II de Anjou se aparejó una fuerza naval de 25 galeras y otros navíos, que salió de Brindisi hacia Chipre. Los caballeros y religiosos embarcaron en Limasol, con todas sus pertenencias, y se presentaron por sorpresa en la isla, tomando posesión de la fortaleza de Filermo, tras ligera resistencia. Tres años después, el 15 de agosto de 1310, caía por fin la ciudad de Rodas. Esta conquista fue seguida inmediatamente por la de otras pequeñas islas vecinas del Dodecaneso: Calchi, Limonia, Simi, Piscopi, Nisiro, Kos, Candino, Lero y Castelrosso.

Se inicia, así, la soberanía de la Orden, asentada ya en territorio propio y con nuevos súbditos territoriales que fueron principalmente griegos. Luego llegaron otros francos, armenios y judíos; siendo éstos últimos obligados por ordenanza de 9 de enero de 1502 al bautismo o al exilio. La Orden adaptó sin dificultades sus estructuras de gobierno a estas circunstancias. Se acuñó moneda propia de oro, plata y bronce, se amuralló la ciudad, se construyó la fortaleza más grande del Mediterráneo, así como las defensas del gran puerto, los palacios de las diversas lenguas y de los dignatarios que todavía podemos contemplar hoy en la llamada calle de los Caballeros; igualmente la catedral de San Juan Bautista y, naturalmente, el hospital que, en su segundo emplazamiento, está hoy destinado a museo. Rodas se convirtió en un emporio comercial con consulados franceses, ingleses y españoles, sin más problemas que las esporádicas dificultades con el clero ortodoxo y con los campesinos de esta fe, que durarán hasta el llamado «movimiento uniata» del Concilio de Florencia de 1439.

De resultas de esta insularidad, los caballeros sanjuanistas, plenamente adaptados a combatir en el mar, se mantuvieron durante muchos años como

verdaderos árbitros de la guerra naval en oriente, porque, como nos dice un autor de aquellos días, «fortificándose allí esta sacra Religión y, armando galeras, bajeles y otras fustas, no solamente tuvo los mares de Oriente limpios de corsarios, dando libre y seguro pasaje a los peregrinos cristianos que iban a Jerusalén con salvoconducto, sino que puso miedo con su armada a los sarracenos y turcos, que con el felicísimo curso de sus victorias, por muchos años habían infestado todos aquellos mares». Sin embargo, hay que subrayar, que la flota sanjuanista nunca fue demasiado numerosa, pues, aunque la Orden acudió, cuando se vio precisada a ello, al arrendamiento de galeras pisanas y genovesas, su fuerza permanente no pasó de estar compuesta por una o dos carracas, seis galeras y algunas naves auxiliares menores: galeotas, fustas, bergantines y jabeques.

La carraca, antecesora del galeón, era la nave de guerra de los siglos XIV y XV. Se trataba de un gran buque con cuantiosa artillería, compuesta por lombardas gruesas y numerosos falconetes. Poseía tres o cuatro palos y dos castillos, uno a proa y otro a popa, desde donde los arcabuceros y ballesteros hostigaban al buque enemigo antes de iniciar el abordaje. La carraca era el buque más poderoso del Mediterráneo en el combate naval; pero era poco veloz y con dificultad de maniobra, lo que hacía necesaria la compañía de otras naves más ligeras.

La galeota era una galera pequeña, de menos de veinte remos, que por su escaso calado podía entrar en las zonas de poca profundidad. Más rápida y maniobrera que ésta era la fusta, que llevaba una sola pieza de artillería, lo mismo que el bergantín, mucho más rápido, pero peor armado.

Pero sin duda, las galeras, de línea elegante, de gran ligereza y pintadas de rojo eran las naves prototípicas de la Orden. Medían aproximadamente cincuenta metros de eslora, siete de manga y dos de calado, y estaban provistas a proa de un espolón, que consistía en una viga forrada de hierro o de bronce, sobresaliente en siete u ocho metros, y con punta en forma de animal salvaje, que, al chocar contra la nave enemiga y abrir brecha en su costado, podía ocasionar su hundimiento. Las galeras estaban armadas de piezas de artillería, principalmente a proa y popa, pero su táctica principal residía en el abordaje, ya que se buscaba preferentemente la captura de la nave enemiga más que su hundimiento.

Estaban movidas por 25 o 30 remos por banda, de 10 metros de largo cada uno, que eran movidos por más de cien galeotes que podían llegar en momentos de necesidad a los doscientos. Estaban también provistas de dos mástiles, con velas latinas, que se arriaban durante el combate para no entorpecer el abordaje de los combatientes. Pese a su rapidez y a su operatividad de combate, su funcionamiento estaba limitado; sin embargo, en los meses de buen tiempo, de abril a noviembre, y aunque su medio natural era el Mediterráneo, también fueron utilizadas en el Cantábrico y en el Atlántico, aunque en menor medida.

Todos los caballeros, desde entonces, tenían la obligación de servir en aquella fuerza marítima en períodos de seis meses. Lo que en el lenguaje de la



época se denominaba como el servicio de las «caravanas de la Orden». Cada nave solía llevar a unos treinta caballeros —aunque en casos de necesidad su número podía ser doblado— que se ocupaban de su gobierno y, especialmente, de las operaciones militares de desembarco y abordaje. Había siempre un capellán, uno o más cirujanos, distintos operarios —carpinteros, calafatadores— y un maestro armero.

La marinería, reclutada preferentemente en los puertos del Egeo, se ocupaba del manejo del barco, especialmente del velamen y de la maniobra, y no solía sobrepasar la docena de hombres. La «chusma», palabra que ha pasado a tener en nuestros tiempos un uso claramente despectivo, estaba compuesta por los remeros que, aunque fueron en principio hombres libres, sujetos a una soldada, con el tiempo se fue convirtiendo, cada vez más, en hombres forzados, ya fuera por motivos penales o por ser prisioneros de guerra. En los momentos de combate a los forzados cristianos se les solían quitar los grilletes para que colaboraran en la lucha y poder así hacer méritos para su libertad. A veces, sin embargo, eran los caballeros, ya prisioneros, los que acababan su vida encadenados a los bancos de las galeras turcas, esperando su rescate por parte de la Orden, o un combate favorable que los condujera a la libertad. A este propósito, les recuerdo a todos ustedes el famoso romance de don Luis de Góngora, «Amarrado al duro banco de una galera turquesa», en el que se nos refieren las cavilaciones de un «forzado de Dragut, en la playa de Marbella», que se queja de los diez años sin libertad «al ronco son del remo y de la cadena». Cavilaciones que se interrumpen cuando se descubren en el horizonte «de la religión seis velas y el comitré manda usar al forzado de su fuerza». Este poema, es por tanto, un retrato fiel de esta actividad naval de la Orden, pues estas seis velas de la religión son una mención exacta de las galeras de la Orden.

Al comienzo del dominio de la isla por la Orden, acompañaban al maestre unos 65 caballeros y 15 sirvientes. En 1459 alcanzarían la cifra de 180 caballeros en la guarnición, además de otros 50 en los distintos castillos y otros tantos en la flota, sin alcanzar el total de 300. El peligro turco hizo ascender esta cifra en 1478, a 480 caballeros, y en 1513, a 550, de los que sabemos que 88 eran castellanos y portugueses, y 66 aragoneses, catalanes y navarros.

Pero, al poco tiempo de la conquista, en 1310, la isla fue ya atacada por el sultán Otmán, que debió sin embargo retirarse gracias a la ayuda prestada a los hospitalarios por el conde Amadeo V de Saboya, y años después, en 1322, el sultán Orcán, hijo del anterior, volvió a intentar su conquista con 80 bajeles y sabemos que la flota sanjuanista, formada por cuatro galeras y otros 20 bajeles, entre galeotas, fustas y bergantines, y con la ayuda de seis galeras genovesas que se hallaban en su puerto, salió a su encuentro y, tomándola desprevenida, la derrotó por completo, pese a la desigualdad numérica.

Sabemos también que, en 1343, viendo que los turcos no cesaban de asaltar con sus bajeles las costas de Chipre y Creta, se acordó una liga entre la Sede Apostólica, el rey de Chipre, el gran maestre de Rodas y la República de



Venecia para mantener una flota permanente que pusiera freno a los otomanos. Esta flota estaba compuesta por 20 galeras bien armadas: cuatro del pontífice, cinco de Venecia, cuatro del rey de Chipre, seis de la Orden sanjuanista y una de Nicolás Senucio, señor de las islas de Milos y Paros en el archipiélago. Curiosamente el papa Clemente VI, al comunicárselo al gran maestro, el 8 de agosto de 1343, le advierte de que «algunos hermanos nuestros, Cardenales de la Santa Romana Iglesia, nos han persuadido algunas veces de que el gasto de las cuatro galeras [papales] debería estar a cargo del dicho Hospital, pues, a costa de vuestra Religión se podría tener una armada entera cómodamente, afirmando muchos que tenéis mayor tesoro que toda la Iglesia de Dios». Esta flota, comandada por el almirante genovés, Martino Zaccaría y por el almirante hospitalario fray Giovanni de Biandrate, prior de Lombardía, llevó a cabo el año siguiente la conquista de la ciudad y puerto de Esmirna, en Anatolia, que se mantendrá durante más de cincuenta años en poder de la Orden.

No sé si tiene relación con estas actuaciones militares o resulta una mera coincidencia, pero quiero recordar que, por aquellos años en nuestra península, también se debió de producir un proceso semejante. Ya con anterioridad, nos consta por las crónicas coetáneas, cómo el prior del hospital, Gutierre Hermenegildez, había combatido valientemente en las Navas de Tolosa, y cómo, uno de sus sucesores, Fernán Ruiz, en los momentos previos a la conquista de Sevilla, había sido protagonista de diversas actividades militares, interviniendo decisivamente en el ataque y en el saqueo de los arrabales de la ciudad en 1248. El rey San Fernando, por esta razón, tras la conquista de la ciudad, había otorgado a la Orden del Hospital la villa de Lora, que sería, a partir de entonces, una de sus más preciadas posesiones. A partir de estos momentos, las actividades militares de la Orden se multiplican y no hay campaña contra los moros en la que no veamos intervenir, a la cabeza de sus mesnadas, al prior del Hospital.

Pero en la primera mitad del siglo XIV, vamos a ver en España, aparentemente, el mismo proceso ocurrido en Oriente. Así, podemos ver como el prior del hospital, fray don Alonso Ortiz Calderón, que desde 1337 aparece como uno de los magnates que acompañan a Alfonso XI en la tala de Antequera y Ronda, recibe del monarca en 1340 —y este es el dato que quiero destacar aquí— el mando de la flota castellana, que estaba vacante por muerte del almirante Alonso Jofre Tenorio. Con ella, el prior vigilará el estrecho de Gibraltar, impidiendo el paso a los refuerzos benimerines, y controlará la costa de Tarifa imponiendo un gran temor a los musulmanes, hasta su derrota definitiva el 30 de octubre de aquel año en la batalla de Salado. La pregunta que nos tenemos que plantear, ante este dato, es si este mando naval del prior castellano era debido simplemente a sus dotes personales o a que tal vez, como caballero sanjuanista había recibido alguna formación naval en las galeras de la Orden en Oriente. Pero la lectura de la crónica de Alfonso XI nos saca de dudas, a este respecto, al afirmar explícitamente: «E en este tiempo vino al real frey don Alonso Ortiz Calderón, prior de la Orden de San Juan,

que había morado en Rodas hasta entonces, e trajo el priorazgo de Castilla e León porque se lo dio su maestre...» Esta breve referencia de la crónica castellana nos da base, por tanto, para sospechar que ya por entonces, en la primera mitad del siglo XIV, la propia Orden se encargaba de formar en sus galeras a quienes luego ostentarían el mando naval en los otros escenarios bélicos del Mediterráneo.

Del periodo de Rodas, de 1327, data también la organización internacional de la Orden en Lenguas o Naciones. En el inicio había siete Lenguas, que fueron ocho desde que en 1462 se dividió en dos —Castilla y Aragón— la de España. Cada una poseía en Rodas su albergue dirigido por un «pilier», con categoría de bailío conventual y residencia obligada en el convento. Cada lengua asumía funciones distintas de gobierno en la Orden: a la de Provenza pertenecía el cargo de gran comendador; a la de Auvernia, el de gran mariscal; a la de Francia, el gran hospitalario; a la de Aragón, el «Drapier» o gran conservador que dirigía la intendencia; a la de Inglaterra, el turcopolier que mandaba la caballería; a la de Alemania el de gran bailío con jurisdicción sobre las fortificaciones, y a la de Castilla, el gran canciller. Pues bien, a la de Italia —que es el dato que queremos subrayar por su relación con nuestro tema de exposición— había de pertenecer el cargo de gran almirante, donde veremos ya en 1330 a fray Emanuele del Carreto.

Por aquellos tiempos el poder naval de la Orden siguió creciendo y, así, en 1361 vemos como una armada compuesta por naves hospitalarias, chipriotas y venecianas posibilitaban la conquista de Satalia y, cuatro años después, en agosto de 1365, la religión de San Juan, en liga con el rey de Chipre, juntaba una armada de cien velas, entre grandes y pequeñas, embarcándose en ella gran número de caballeros con sus armas y caballos y desembarcando de improviso en Alejandría de Egipto, asaltado las murallas y pasando a cuchillo a todos sus defensores. La victoria resultó pírrica, pues murieron en esta empresa, más de 100 caballeros de la Orden y, por ello, dada la escasez de fuerzas, tuvieron los cristianos que abandonar la ciudad tres días después, luego de pegarla fuego, aunque con un rico botín. Las bajas de la religión en esta empresa, y el temor a las represalias provocaron que el gran maestre tuviera que hacer un llamamiento a los caballeros de occidente para ir a defender la isla. Se tomó, por entonces, el acuerdo de que Rodas contara con una defensa permanente de 100 caballeros con sus caballos, armas y criados; que esta cifra se compusiera de 73 caballeros de las lenguas de España y Francia, y 37 de las de Italia y Alemania.

Es de justicia destacar en este período la figura extraordinaria del gran maestre aragonés frey don Juan Fernández de Heredia, que rigió la Orden desde 1377 hasta 1396. Fue prototipo de caballero cristiano, servidor esencial del pontífice de Aviñón, gran financiero y administrador, lleno de dotes militares y diplomáticas, protagonista de los más importantes acontecimientos europeos de su época, mecenas, humanista, literato e historiador..., y también aventurero ambicioso y con cierta inclinación al nepotismo y a la prodigalidad. De él ha dicho el historiador Delaville que fue el «verdadero soberano de

la Iglesia de su tiempo. Durante su tiempo de maestrazgo, la isla de Rodas fue perfeccionando sus fortificaciones y su gran puerto, con el arsenal que proveía a la Orden de sus nuevas y modernas naves.

La muerte del gran maestre Heredia coincidió con uno de los momentos más nefastos para la cristiandad, provocado por el cisma de occidente y la subida al trono otomano del sultán Bayaceto I, implacable enemigo de los cristianos de oriente. Las campañas del sultán, que llegó por aquellos años a sitiar por primera vez Constantinopla, provocaron diversos descalabros militares en la Orden. En 1396, la flota sanjuanista, mandada por el propio gran maestre, fray Philibert de Naillac, cruzó los Dardanelos, el Bósforo y el Mar Negro para remontar el Danubio, asistiendo a la gran derrota de Nicópolis, en la que fue totalmente destruido el ejército cruzado, mandado por Segismundo, rey de Hungría, y por el duque de Borgoña Juan sin miedo. La galera del maestre pudo recoger al rey de Hungría y trasladarlo a Rodas. Pero estos desastres, cuando ya nadie esperaba la salvación del oriente cristiano, con la subsiguiente caída de Constantinopla y de la isla de Rodas, los vino a frenar la aparición en oriente del caudillo mongol Tamerlán y de sus hordas, que acabaron en 1401 con el propio Bayaceto en la batalla de Angora. Allí quedó destruido lo mejor del ejército turco y cayó prisionero el propio Bayaceto, que fue largo tiempo exhibido por toda Asia en una jaula, siendo tratado de forma ultrajante por el mongol, que lo mantenía atado a una pata de su mesa con una cadena, durante sus comidas, como si se tratara de un perro. Estos hechos concluyeron con la conquista por el propio Tamerlán, en 1402, de la ciudad de Esmirna, ocupada por la religión de San Juan desde cincuenta años antes. Esta pérdida supuso un duro revés para la Orden porque sus defensores fueron exterminados sin piedad por los tártaros conquistadores, como era su norma acostumbrada.

La muerte de Bayaceto en prisión, en 1403, y la partida de Tamerlán hacia Samarcanda, capital de sus estados, donde murió poco después, concedió un cierto respiro a la religión de San Juan, y así la veremos en los años siguientes recuperarse en parte de sus desgracias. En el año 1402, veremos al gran maestre fray Philibert de Naillac navegar con una poderosa armada por la costa de Anatolia, donde fundó una fortaleza inexpugnable, sobre las ruinas de la antigua Halicarnaso, llamada el castillo de San Pedro —la moderna Bodrum—, y que sirvió de avanzadilla a la Orden y de refugio para los cristianos perseguidos. Pero diez años después, el poderío turco había vuelto a resurgir y la Orden tenía que llegar a un pacto con Alfonso el Magnánimo, rey de Aragón, para poner freno a las incursiones otomanas. Se acordó que en caso de ataque a Rodas, el propio rey aragonés la socorrería personalmente con 20 galeras y otras 12 naves menores, y que se obligaría a permanecer con ellas durante tres meses, para socorro y defensa de la religión. Que cuatro de estas galeras llevarían el estandarte de la Orden y que se armarían además siete fustas, bajo el mando directo de un caballero sanjuanista. La Orden se comprometía a dar por esta ayuda la cantidad de 100.000 florines de oro. Este tratado, sin embargo, le enajenó a la Orden la enemistad de la República de Génova, hasta entonces tradicional aliada de la religión sanjuanista.

Pero los ataques de turcos y egipcios continuaron durante todo el siglo xv. En septiembre de 1440, el sultán mameluco, Jakmak az Zabir, mandó a la isla de Rodas una flota egipcia de 18 galeras, a la que rechazó la flota sanjuanista, compuesta por sólo ocho. Esta constante diferencia numérica, si las cifras son realmente exactas, nos ponen en evidencia de que la superioridad militar de las naves de la Orden era incontestable y que no resultaría exagerada la afirmación que se hacía, por entonces, de que cada nave sanjuanista era capaz de enfrentarse en cada combate con cuatro turcas.

Pero en julio de 1444, el mismo sultán desembarcaba en la isla de Rodas con un ejército de 18.000 hombres y durante cuarenta días ponía en peligro la continuidad de la Orden con grandes pérdidas de los sanjuanistas. Al final, se acordaba una tregua, con el reembarque de los invasores y el intercambio de prisioneros. Un año después, sin embargo, cuatro galeras de la Orden, mandadas por el futuro gran maestre fray Pedro Ramón de Zacosta, hostigaron de tal modo la costa de Anatolia que el sultán Mohamed II tuvo que pedir una tregua a los cristianos.

La caída de Constantinopla a manos de los turcos, el 29 de mayo de 1453, supuso un mal presagio para el futuro sanjuanista de la isla de Rodas, aunque ésta se mantuvo en poder de la Orden hasta cerca de setenta años después.

Ciertamente, desde la caída del imperio de oriente, la pérdida de Rodas estaba más que cantada, pues la fuerza de los caballeros se mostraba impotente a la larga para frenar el inmenso poderío otomano, que no sólo avanzaba por los Balcanes, sino que también se extendía por Siria y Palestina, amenazando el sultanato egipcio. Por ello, el gran maestre Jean de Lastic escribía, el 20 de enero de 1454, esta carta a los priores y bailíos de su Orden, que refleja crudamente la situación:

*Luego que se perdió Constantinopla, —decía el gran maestre— la mayor parte de los príncipes cristianos orientales, se le han hecho tributarios excepto nosotros. Y, últimamente, esta crudelísima víbora —se refiere al sultán—, rompiendo el juramento que nos había hecho, nos envió a pedir por un embajador suyo dos mil ducados al año de presente y estamos resueltos de no venir en ello, por donde con razón podemos aguardar que rompa con nosotros la tregua. Y sucediendo así, como lo tenemos por cierto, estamos en grande peligro por la vecindad y poder que tiene que no sabemos a dónde volvernos: de suerte que si del sumo pontífice y príncipes cristianos no somos favorecidos, quedaremos como humildes corderos en la boca del sangriento lobo. De los príncipes de Levante es cosa incierta aguardar socorro, estando ellos en el mismo peligro. Aguardarle de los señores de Occidente es cosa larga y casi imposible. Fiemos pues en nosotros mismos el socorro, por lo cual por las presentes os exhortamos y en virtud de santa obediencia os mandamos que vengáis personalmente a Rodas con los comendadores, caballeros y religiosos de vuestro priorato con las armas y vituallas necesarias para dar a vuestra Religión el socorro que estáis obligados, porque, después de su fundación, no se ha visto en mayor peligro. En cuando a nosotros, estamos resueltos de*

*morir como verdaderos soldados de Christo Señor Nuestro, antes de sujetarnos a tan pérfido bárbaro.*

Para prevenir un ataque, Lastic nombró, por aquellos días, capitán general del mar, el 1 de abril de 1455, al prior de Castilla fray Gonzalo de Quiroga, por tener fama de gran soldado y marinero, quien salió el mes siguiente con las galeras y bajeles hacia la isla de Langó para preparar sus castillo y presidios.

Pero los reinos de Europa se desentendían de la suerte de los cristianos del Mediterráneo oriental, y Venecia, principal potencia naval del Mediterráneo, firmaba un tratado de paz, en 1479 con el sultán, para defender sus intereses comerciales.

Sólo el rey católico, don Fernando, manifestó por aquellos años un claro interés por aquella zona, como se pone en evidencia por su correspondencia diplomática, previendo el gravísimo peligro turco.

Ese mismo año 1479, los turcos se apoderan de la isla de Leucade, cerca de Corfú, y el gran maestre D'Aubusson hace un llamamiento desesperado para ayudar a la defensa, al que sólo acudió el rey católico con abastecimiento de armas y pertrechos de guerra, transportados en la nao *Santa María*, una flotilla de galeras y fustas comandadas por el comendador Carmeni.

El 21 de mayo de 1480, una flota de 160 barcos, con más cien mil turcos, desembarcan en la isla, produciéndose el primer gran sitio de Rodas, que estuvo a punto de culminar con éxito. Sin embargo, el heroísmo de los defensores, las grandes pérdidas de los turcos y alguna ayuda que vino de España, como por ejemplo, la de dos naos procedentes de Valencia que con pertrechos y provisiones pudieron entrar en el gran puerto rompiendo el cerco enemigo, desmoralizaron a los sitiadores que abandonaron el cerco, dejando en él más de 9.000 muertos. Ignoramos el total de las pérdidas cristianas, pero sí sabemos que murieron en el combate 231 caballeros, es decir, casi la mitad de los defensores sanjuanistas. El gran maestre fray Pierre d'Aubusson, que con gran valentía y firmeza había dirigido la defensa, fue nombrado cardenal por el pontífice.

No obstante, durante los siguientes años, sin que el peligro turco hubiera desaparecido, se producen diversos acontecimientos bélicos favorables a la Orden. En 1503, antes de la elección del gran maestre d'Amboise, fue elegido capitán general de las galeras el bailío de Caspe don Francisco Zapata, «sin perjuicio del Almirante» —dice Funes—, y se nombraron capitanes de las galeras a fray Paulo de Cola, de la *Petronila*; a fray Marco de Ventimiglia, de la *Victoria*, y a fray Álvaro de Sarria, de la *Catarineta*. Estas tres galeras, con dos galeotas, una palandria, una nave y un galeón, y tripuladas por 300 caballeros, pusieron en fuga a 16 galeotas turcas, apresando a 11, aunque con pérdida accidental de una galera y la muerte de ocho caballeros. En 1510, en el golfo de Laiazzo, cerca de Alejandría, las galeras de la Orden destruyeron, por sorpresa, una flota turca, acción donde destacó como capitán el futuro gran maestre fray Philipe de Villiers de l'Isle Adam, y, poco después, se

producía la captura, en aguas de Creta por fray Giacomo de Gastineau, con su carraca *San Juan Bautista*, de la nave egipcia *La Morgabina*, luego bautizada por la Orden como *Santa María*, que será durante mucho tiempo la nave más grande del Mediterráneo. Este buque tenía siete velas, 40 cañones, siete cubiertas, con una tripulación de 800 hombres, y estaba forrado de plomo para evitar el fuego enemigo.

Pero los días sanjuanistas de Rodas estaban contados, aunque en estos años el sultán Selim I estaba ocupado en la conquista de Siria y Egipto y en la lucha contra los persas, sus victorias contra estos enemigos le hicieron volver su vista a occidente. Su hijo Solimán el magnífico, en 1521, conquistaba en Europa la fortaleza de Belgrado. Pero, consecuentemente, no podía dejar a sus espaldas un enclave tan peligroso y tan cercano a su capital como la isla de Rodas. Por ese motivo, se va a producir, en junio de 1522, el llamado Gran Sitio que pondrá fin a los doscientos años de la Orden en Rodas.

Durante seis meses 600 caballeros, 4.500 soldados y la población griega, se defendieron heroicamente del inmenso ejército, de 400 navíos y 100.000 hombres, mandado personalmente por el sultán, en el que sabemos que, sólo su guardia personal constaba de 18.000 jenízaros. Conocemos igualmente que la flota sanjuanista constaba, por entonces, de la carraca *Santa María* y de las galeras *San Juan*, *Santa Catalina*, *San Miguel* y *Santa Ana*, además de una fusta, dos bergantines y otros bajeles menores.

Sabemos también que la escasa ayuda para la defensa de la isla no llegó a su objetivo. El priorato de Navarra y la castellanía de Amposta armaron un galeón que fue hundido por los turcos cerca de Messina. Igual ocurrió con una carraca del priorato de Castilla, que salió de Cartagena y fue atacada por corsarios berberiscos. Otras expediciones no lograron llegar a la isla a causa de las tormentas y los peligros del mar.

El gran maestro Villiers de L'Isle Adams, olvidado del papa y de los príncipes cristianos, presionado por el pueblo con el metropolitano Clemente a la cabeza, tuvo por tanto que firmar una honrosa capitulación, y el 1 de enero de 1523, abandonaba Rodas en dirección a Creta en la gran carraca *Santa María*, que ya hemos citado como el barco más grande de su época. La nave iba cubierta de crespones negros y llevaba un estandarte con la Virgen Dolorosa y la inscripción «Afflictis tu spes unica». La seguían las galeras, *Santa Catalina* y *San Juan*, el galeón *San Buenaventura*, la barcaza *Perla* y una pequeña galera llamada *Siciliana*. Acompañaban al gran maestro unos 180 caballeros heridos, pues más de 420 habían muerto en el combate, el metropolitano, las principales reliquias de la Orden, el archivo y 4.000 habitantes cristianos de la isla, en 50 embarcaciones menores.

Tras un azaroso viaje, el gran maestro llega a Roma donde es acogido por el papa Adriano VI que le llama *Magnus Christi Athleta*, pero muere poco después. El colegio de cardenales concede, por primera vez a la Orden, el privilegio de dar guardia armada al cónclave durante la sede vacante, y a Clemente VII, antiguo sanjuanista, el de que el estandarte de la religión de San Juan preceda siempre a los cortejos papales. La Orden se asienta en Viterbo y

en el puerto de Civitavecchia y luego en Niza. Poco después, el César Carlos concederá, en 1530 a la Orden de San Juan, la isla de Malta para establecer allí su sede, y en la que permanecerá hasta su conquista por Bonaparte en el curso de su expedición a Egipto. La Orden continuará con la misma política naval en los doscientos cincuenta años siguientes; pero, esta es ya una época que desborda con creces el marco cronológico que nos hemos fijado.

Quiero hacer, para concluir, una reflexión final con la que suelo terminar muchas de mis intervenciones sobre la historia de la Orden de San Juan, aunque, en este caso, desborde el período histórico que me he marcado en esta exposición. Se trata de la lectura de un documento que encontré hace años en un archivo de mi familia sobre la convocatoria dirigida a un caballero de San Juan, de fecha 19 de febrero de 1715, que refleja cómo todavía, en el siglo XVIII, la vida de un caballero de Malta distaba mucho de ser tranquila y confortable. El personaje en cuestión es frey don José Sánchez Arjona y Briónes, entonces simple caballero de la Orden; pero que luego llegaría a ser bailío de Toro y comendador de Quiroga y de Bodonal. Había ingresado en 1718 en la Real Compañía de Guardiasmarinas y, tras haber servido tres años en las galeras de la Orden de Malta, llegó a teniente de fragata en 1729, empleo en el que sirvió hasta 1732, en que pasó al arma de caballería. En el Archivo de Simancas se guarda su hoja de servicios, referente a su actividad militar hasta el año 1735, en la cual se lee: «Que con grado y sueldo de coronel, ha servido once años, cinco meses y once días en España y Malta, con intermisión. Es de edad de treinta y siete años». Por último, se nos refiere los «Servicios en los que se ha hallado», entre los que destacamos el «Sitio de Corfú y la Batalla naval en el Archipiélago, en servicio de la religión de Malta».

Pues bien, en dicho documento, que recibió don José, cuando apenas contaba veinte años, se le comunica lo siguiente:

*En la Sacra Asamblea que se tuvo y celebró el día dieciocho del presente, se vio una carta del eminentísimo señor gran maestro, mi señor, su fecha de cinco de enero próximo pasado de este año, acompañada de un decreto de su eminencia y venerando Consejo en que, confirmándose por todas partes los avisos de las grandes prevenciones de Armada que hace el Gran Turco, con grande esfuerzo de galeras y bajeles y gran cantidad de pertrechos de guerra y provisiones, con el justo temor de que sean para invadir la isla de Malta, se ha resuelto, ordena y manda por segunda citación, que se intime a todos los venerandos bailíos, comendadores, caballeros, y religiosos, sirvientes de el hábito, profesos y novicios y menores edades, que hubieren llegado a los dieciocho años, de cualquier calidad y condición que sean y que residan en los límites de este priorato de Castilla y León, que en el mes próximo de marzo pasen y comparezcan en Malta personalmente, por último y perentorio término, para la defensiva de la religión y de aquella isla, con pena de que, de lo contrario, se procederá contra quien no lo cumpliere sin remisión alguna, a privación del hábito y a las demás penas que disponen los estatutos de la Religión, encargando a todos que, además de las armas ordinarias, lleven*



*para su servicio los más criados que les sea posible, que sean hombres aptos para el manejo de las armas y no muchachos ni gente inútil, exceptuando sólo a los recibidores y procuradores de la religión y a los que no tuvieren la edad de dieciocho años y a los que por su edad e impedimento legítimo no pudieren tomar armas. Guarde Dios a V.M. muchos años como deseo, etc., etc.*

En fin, no cabe duda, como se puede deducir de todo ello, que no era una vida muy placentera ni tranquila la que tenían que arrostrar los caballeros de San Juan en estos tiempos heroicos, y lo traigo aquí a colación como un obligado contrapunto a tantos estudios actuales sobre la historia de la Orden en los que se analiza, con preferencia, la formación de su patrimonio territorial; las pingües rentas sanjuanistas; sus relaciones de poder; sus brillantes actividades políticas y diplomáticas —a todo lo cual no podemos naturalmente restar importancia—; pero se abandona, casi totalmente, el estudio de todas estas otras pequeñas biografías, sin las cuales, todo lo demás no habría tenido lugar, pues, sin la labor abnegada y heroica de estos caballeros sanjuanistas olvidados, movidos de un enorme fervor religioso —hoy verdaderamente insólito— y de un acendrado espíritu de servicio, tal vez la historia del occidente cristiano habría sido muy diferente.

Nada más, muchas gracias.

### **Bibliografía**

- Crónica del rey Don Alfonso el Onceno*, edic. Cayetano Rosell, «Biblioteca de Autores Españoles» LXVI, Madrid, 1875, pp. 173-392; caps. CXIX, CXC y CCXIII.
- GRACIA Y RIVAS, Manuel: *La asistencia sanitaria en las galeras y navíos de la religión; La Orden de Malta, la mar y la Armada; XXI Jornadas de historia marítima*, Madrid, 2000, pp. 15-28.
- FUNES, fray don Juan Augustín de: *Coronica de la Ilustrissima Milicia y Sagrada Religión de San Juan Bautista de Jerusalem*, Valencia, 1626.
- MAGAZ VAN NESS, Juan Alejandro: «RODAS, 1309-1523. La defensa del cristianismo en el Mediterráneo oriental», en *La Orden de Malta, la mar y la Armada. XXI Jornadas de historia marítima*, Madrid, 2000, pp. 29-64.
- O'DONNELL DUQUE DE ESTRADA, Hugo: «La soberana Orden de Malta y el mar», *Actas del I Simposio histórico de la Orden de San Juan en España (1999)*, Toledo, 2003, pp. 237-245.
- PAU ARRIAGA, Antonio: *La Soberana Orden de Malta. Un milenio de fidelidad*, Madrid, 1996.
- SALAZAR ACHA, Jaime de: *Estudio histórico sobre una familia extremeña: los Sánchez Arjona*, Ciudad Rodrigo, 2001.
- SALAZAR ACHA, Jaime de: «Algunas reflexiones sobre la actual historiografía referente a la Orden de San Juan de Jerusalén», en homenaje al profesor Bonifacio Palacios. *Revista del Consejo de las Órdenes Militares*, 4 (2007), pp. 207-228.
- SANZ DE BREMOND, Joaquín: «Ayuda naval a Rodas en 1480», *Actas del I Simposio histórico de la Orden de San Juan en España (1999)*, Toledo, 2003, pp. 263-266.
- SUÁREZ BILBAO, Fernando: «La Orden de San Juan de Jerusalén en la defensa de Rodas, un bastión en el Mediterráneo», *Actas del I Simposio histórico de la Orden de San Juan en España (1999)*, Toledo, 2003, pp. 259-262.